

EL CIELO EN LLAMAS

EMILY
DELEVIGNE



A comienzos del siglo xx, Imogen Phillips lo pierde todo a manos de Henry Anderson, un hombre cruel que se casó con su hermana con el único objetivo de hacerse con sus tierras. Unos meses más tarde y tras la muerte de su hermana Daisy, Imogen decide ir en busca de la verdad, ignorando que se adentrará en una red de peligros que podría costarle la vida.

Por su parte, Harvey Brown se gana la vida trabajando en diferentes ranchos. Bajo la sombra de un oscuro pasado y con el corazón roto, se sentirá incapaz de no ayudar a Imogen Phillips, una joven sedienta de venganza y deseosa por conocer la verdad sobre la muerte de su hermana.

Amenazados por diversos peligros, solo se tienen el uno al otro para sobrevivir, lo que los conducirá no solo a un trágico desenlace, también a una arrolladora pasión.

Índice de contenido

Cubierta

El cielo en llamas

Dedicatoria

Nota del Editor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Sobre la autora

A mi familia y a Araceli. Gracias por sostenerme cuando yo no era capaz.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Capítulo 1

1900. Wyoming, Jackson Hole. Estados Unidos

—¡Deprisa, muchacha! ¡Esta maldita tormenta asustará a los caballos!

Imogen salió disparada del interior de su hogar para dirigirse hacia los establos, de donde provenían los asustados relinchos de los caballos. Su abuelo Hershel iba detrás de ella, apoyado en su bastón de madera barnizada. Debería ser su hermana, Daisy, la que estuviese allí, intentando sosegar a las dos yeguas que les quedaban y que se movían con nerviosismo dentro de sus cuadras. Pero había desaparecido, como llevaba haciendo desde hacía un mes.

Daisy se pensaba que nadie lo sabía, que era demasiado discreta para levantar sospecha alguna. Sin embargo, una vez más, estaba equivocada. Su abuelo quizá hubiese hecho la vista gorda, pero, en cuanto Imogen hubiese tranquilizado a las dos yeguas, el anciano se daría cuenta de que su otra nieta no estaba presente. Una vez más. Tampoco podía culpar a su hermana. Sus padres la habían consentido hasta niveles insospechados, ofreciéndole todo aquello que su pequeña hija les pidiese. Por si fuera poco, tras la muerte de estos, el carácter de Daisy se había encrudecido, señalando más aquellas conductas infantiles que algún día terminarían por conseguir que Imogen cometiera una locura.

—¿Dónde demonios está tu hermana? ¡La necesitamos!
—vociferó su abuelo, empapado bajo aquella torrencial llu-

via.

En cuanto Imogen dio la vuelta al rancho, pudo entrar en las caballerizas. Con el pelo completamente pegado al rostro, colocó las manos sobre la puerta de madera para frenarse. Fue a buscar la llave correcta del manajo que tenía cuando una fuerte corriente de viento empujó la puerta, abriéndola. Sorprendida, pues siempre estaba cerrada, entró con rapidez para dirigirse a la primera cuadra, ignorando a las dos personas que se movían sobre un lecho de paja.

—¡Tranquila, Arena! —dijo con voz pausada y relajada para apaciguar a la yegua—. Relájate, chica. Así. Ha sido un trueno, eso es todo.

Acarició la cara del animal y le retiró el flequillo marrón oscuro. Los ojos del equino estaban clavados en ella, y parecía más relajado a medida que las caricias de Imogen continuaban.

Esbozó una sonrisa y se alejó de Arena para ir hacia Nieve. Era la más nerviosa de las dos, y la más arisca, de color blanco desde su cuerpo hasta las largas crines. Supo que necesitaría la ayuda de su abuelo Hershel cuando el animal reaccionó de forma agresiva al verla. O eso pensó ella.

—¡Abuelo! ¿Abuelo? ¡Necesito tu ayuda, Nieve...!

La voz de Imogen fue interrumpida cuando la yegua golpeó con sus patas traseras la puerta del box y la arrancó de cuajo. El ruido del golpe tapó el de otro trueno. Asustada, no pudo menos que observar cómo la yegua salía de los establos para quedar libre por la pequeña parcela del rancho. Si se acercaba a los límites, Nieve podría con total seguridad saltar la valla que los rodeaba.

Sacudiendo la cabeza, salió del resguardo que le ofrecían los establos. La lluvia volvió a golpear contra su cuerpo con fuerza mientras una violenta ráfaga de viento azotaba su rostro. El animal corría hacia la valla, decidido y sin parar. Apenas era una mancha en el crepúsculo de aquella tormenta.

Sin saber qué hacer, pensó que la única opción viable sería ensillar a Arena e ir tras Nieve. Se acabaría cansando y ella la capturaría con un lazo, como su abuelo Hershel le había enseñado. Cuando se dio la vuelta para ensillar a Arena, escuchó otro caballo a lo lejos.

Imogen se giró y achicó los ojos. La lluvia caía inclinada, impidiéndole ver con claridad. La esbelta figura de un hombre montado sobre un enorme semental apareció tras la niebla que cubría Jackson Hole. Nieve, que había saltado la valla, intentaba huir del desconocido que iba tras ella. El hombre hacía movimientos con el brazo derecho mientras que con la mano izquierda guiaba a su animal.

Nieve corría con ímpetu, pero, como el semental la superaba en tamaño y velocidad, la alcanzó en poco tiempo. Al contrario que ella, era completamente negro, como las sombras que poco a poco comenzaban a llegar con el anochecer.

El hombre consiguió echar el lazo sobre el cuello de la yegua y la hizo detenerse. Nieve estaba agitada, movía su cabeza de un lado a otro hasta que el otro caballo se pegó a ella.

Sin esperar un segundo más, Imogen echó a correr hacia donde ellos se encontraban, pisando todos los charcos que había en su camino. Un rayo iluminó el cielo, lo que le permitió ver por unos instantes los poderosos brazos del extraño y el sombrero que llevaba sobre la cabeza. Se preguntó por qué lo llevaría en el crepúsculo, cuando apenas quedaba luz del día.

Abrió la puerta de la valla, salió y se paró justo donde estaba Nieve. Acarició a la yegua con parsimonia, sintiendo su áspero pelaje empapado por la lluvia.

—¡Gracias por su ayuda! —le gritó al desconocido para que pudiese oírla, pues el ruido de la tormenta habría acallado su voz—. ¡Pensaba que tendría que ensillar a Arena e ir tras ella!

—¡No hay problema! —respondió él con una aterciope-lada y masculina voz. Un escalofrío le recorrió la nuca e Imogen se preguntó si era a causa del frío o del desconoci-do—. Recorría el perímetro junto a Tobb cuando vi tu caba-llo.

De repente, un perro ladró al lado del desconocido, captando la atención de Imogen. Era un perro sin raza que movía la cola con deleite. Fue hasta ella, mirándola con unos cálidos ojos marrones. Se agachó y acarició la empa-pada cabeza del animal con rapidez antes de incorporarse.

Cogió aire y alzó el rostro para ver quién la había ayuda-do.

—¡Debería volver a su rancho! ¡Lo peor de la tormenta está por venir! —gritó él, apremiándola a que hiciera algo.

Imogen contuvo la respiración, paralizada bajo aquel par de ojos azules que la escudriñaban con sabiduría y pa-ciencia.

En ese momento, Hershel apareció a su lado. Llevaba las bridas en una mano y se encargó de colocárselas a Nie-ve. Al terminar, se giró hacia el desconocido.

—Gracias por su ayuda —dijo el abuelo en voz alta, es-bozando una sonrisa—. ¡No me habría gustado que Imo-gen saliera a estas horas a buscar a Nieve!

—Me alegra haber sido útil, aunque con esta tormenta ni siquiera los bandidos se la habrían jugado por una ye-gua. Si me disculpan...

—¿Cuál es su nombre, joven? —preguntó Hershel.

—Harvey. Harvey Brown.

Su abuelo asintió de forma sutil en señal de agradeci-miento. Harvey le quitó el lazo al caballo y con un gesto de cabeza espoleó a su semental para que cabalgase hacia el este. Hershel le dio las riendas a Imogen antes de volver al rancho, dejándola sola. Ella observó cómo la esbelta figura masculina era engullida por la niebla hasta desaparecer. Los erráticos latidos de su corazón golpeaban contra sus costi-llas. La misteriosa imagen de aquel hombre se le había gra-

bado a fuego en la retina, aturdiéndola. Un trueno resonó y le hizo dar un respingo. Nieve se movió inquieta.

Cerró la valla tras de sí y se dirigió hacia las cuadras con la yegua. Escuchaba el sonido de sus pies al pisar los charcos y el barro. A medida que avanzaba bajo la lluvia, recordaba una y otra vez aquellos ojos tan atrayentes y cálidos de un color azul horizonte. Le había sorprendido la amabilidad de aquel desconocido, quien no había dudado en socorrerlos y evitar un mal mayor. Imogen dudaba que hubiese podido alcanzar a la yegua con Arena. Habría tenido que dejarla sola y reanudar la búsqueda al día siguiente, y sabía lo que aquello habría significado: algún depredador podría haberla cazado o quizá habría sufrido un accidente resbalando por una pendiente.

Con un suspiro, entró en los establos y llevó la yegua hacia su box. Su abuelo intentaba colocar la puerta, sin resultado, mientras gotas de agua caían de su pelo blanco hasta el suelo.

—Yo la pondré ahora o haré un apaño hasta mañana —habló Imogen, entrando en el box cuando su abuelo se hizo a un lado. Para que la yegua no escapara, ató las riendas a un poste y salió—. Déjamela a mí. De todas formas tengo que secar a...

—¡Ni hablar! —saltó él, enfadado, mientras su rostro se volvía rojo por la ira. Echó una mirada a Daisy, que permanecía callada y con el vestido mal abrochado detrás de ellos. Su melena rubia y corta estaba empapada y con paja incrustada—. Si crees que no te he visto con el cobarde de Henry, ¡estás muy equivocada! —bramó, golpeando con su bastón un cubo vacío—. ¡Tendría que darte vergüenza! Tu hermana y yo nos hemos tenido que ocupar de este incidente mientras tú te..., te...

—Abuelo, está bien, quizá mañana...

—¡Tú te encargarás de secar a Nieve y arreglar esta puerta, Daisy! —la interrumpió su abuelo, aproximándose a su hermana, que permanecía callada mientras lo miraba

con sus grandes iris azules. Hershel se acercó un poco más, entrecerrando los ojos y dejando ver lo furioso que estaba —. Mañana mismo iré a hablar con ese sinvergüenza.

—¡No, abuelo, por favor! —suplicó Daisy, juntando las pálidas y delicadas manos—. Solo...

—¡Imogen, entra conmigo! Vendré antes de acostarme para asegurarme de que lo has dejado todo recogido, Daisy. Tendría que avergonzarte el comportamiento que muestras. Tus padres se revolverían en sus tumbas si te vieran.

Un trueno resonó bastante cerca, volviendo a inquietar a los caballos.

—Deberíamos asegurar las puertas. Estas son demasiado viejas y no aguantarán —dijo Imogen, echando un rápido vistazo al más que evidente deterioro que mostraba la madera.

—Deja a tu hermana que se ocupe de sus tareas, aunque sea por una sola vez en su vida.

Tras asentir, Imogen vio cómo su abuelo abandonaba el establo y bordeaba el rancho para entrar en el hogar. Se fijó en la dificultad con la que Hershel caminaba, quizá empeorada por la tormenta. Siempre había sido fuerte como un roble, pero los dos últimos inviernos habían sido demasiado duros para él. El bastón se había convertido en su mejor amigo y aguantaba todo el peso de su cuerpo. Había pertenecido a su padre, el hijo de Hershel, quien había sufrido un accidente cuando se había caído de su montura. Su caballo había descendido sobre su pierna derecha, dejándolo cojo hasta el fin de sus días. En cambio, la cojera de Hershel parecía deberse más a la edad.

La noche ya había llegado, oscureciendo todo Jackson Hole. Sin embargo, los últimos rayos iluminaban momentáneamente el hermoso paisaje, desde la cadena montañosa hasta el lago Jackson, a apenas unos veinte minutos a caballo. Imogen permanecía callada, sin saber qué decir. Su hermana Daisy estaba sonrojada, con una triste mirada,

mientras intentaba abrochar de forma acertada todos los botones de su vestido.

A Imogen no le había hecho ni pizca de gracia verla en compañía de Henry. Era mayor que ella, con más experiencia y una larga cola de mujeres que lo reclamaban como padre de sus ilegítimos hijos. Por supuesto, entendía que Henry se hubiese fijado en su ella: era de estatura mediana, con unos carnosos labios y unas curvas de infarto. Había sacado lo mejor tanto de su madre como de su padre. Sin embargo, seguía sin comprender cómo su hermana se había fijado en aquel hombre. Quizá se debiese a su altura y a su delgado pero esbelto cuerpo. O quizá a sus rasgados ojos azules y aquel pelo corto del color del trigo. Henry era guapo, pero a Imogen le gustaban los hombres con mayor envergadura, que poseyeran una mirada madura y juiciosa.

Como, por ejemplo, el desconocido que la había ayudado con Nieve. ¿Cómo había dicho que se llamaba? Ah, sí, Harvey. La torrencial lluvia y la escasa luz del crepúsculo le habían impedido verlo con la claridad que habría deseado. Pero ni tan siquiera tales condiciones le habían impedido percibir su atractivo. Lo primero que la cautivó fueron un par de ojos color azul horizonte, marcados por unas espesas y oscuras pestañas que contrastaban y acentuaban sus iris.

—¿Vas a decir algo o te vas a quedar ahí como un pasmarote?

Las palabras de su hermana Daisy la sacaron de sus pensamientos. Tembló por el frío, se le había olvidado que se había mojado a causa de la lluvia.

—Ya sabes mi opinión sobre Henry. Aunque admito que desconocía que tuvieses interés en él.

—¿Y quién no lo tiene? —preguntó su hermana, cogiendo un trapo de considerables dimensiones para secar a Nieve. Comenzó a frotar con firmeza pero con suavidad todo su cuerpo. La yegua se tranquilizó—. Era un secreto a voces.

—Lo sería para ti. Ni el abuelo ni yo lo teníamos tan claro.

—He tenido cuidado... Además, ambos habéis estado muy ocupados con el rancho. Podría haberme paseado con él por aquí y no os habríais dado cuenta.

—Ya que tú apenas haces tu trabajo, lo hago yo.

—Te gusta. Disfrutas atendiendo a todos los animales: Arena, Nieve, ese pequeño pájaro al que cuidas con tanto cariño y...

—Sabes que, aunque yo haga tu parte, necesito que te centres. Después de los inviernos tan crueles que hemos pasado, especialmente en el ochenta y siete, los cultivos...

—¿Ves? ¡Ese es el problema! ¡Siempre hablas de lo mismo, trabajo!

Imogen frunció el ceño. Deseaba con todas sus ganas zarandearla y hacer que volviera a sus cabales.

—Sabes que estás viva por el esfuerzo del abuelo y del mío, ¿verdad? Ni Henry ni tus amigas tienen nada que ver.

—Estás equivocada. De hecho, gracias a ellos, no me muero de aburrimiento. ¡Estamos tan lejos del centro del pueblo!

—¿Desde cuándo te has vuelto tan superficial? —preguntó Imogen, dando un paso en su dirección. Su hermana secaba en ese momento el pecho del animal—. Tú no eras así. Hace apenas dos años, todo sobre lo que hablabas era...

—He cambiado de parecer, ¿de acuerdo? —la interrumpió Daisy, que había terminado de secar al animal. Le quitó la brida y se enfocó en la puerta del box.

Y por eso le daba tanta pena a Imogen el cambio de su hermana. Era tan habilidosa con las manos que arreglaba las puertas y ventanas en cuestión de minutos. De hecho, ya había colocado la puerta del box. En cambio, ella no era tan inteligente ni habilidosa como Daisy. Era trabajadora, pero hasta ahí llegaba su pericia. Envidiaba la forma en la que su hermana trabajaba, encontrando la solución más

práctica que le permitía resolver cualquier problema en cuestión de minutos.

Su abuelo era consciente de la inteligencia innata de Daisy y eso lo enfurecía aún más. Odiaba ver cómo tanto talento era desaprovechado. Y todavía más que estuviera en brazos de un desalmado como Henry Anderson. Tanta materia prima y sin poder explotarla.

—Estás temblando. Deberías marcharte y cambiarte de ropa —habló Daisy con tranquilidad, concentrada en lo que hacía—. Acabaré pronto.

Un trueno volvió a hacer retumbar las paredes del rancho, seguido por una brusca corriente de aire. Imogen asintió, pero antes fue hacia su hermana y se agachó a su lado para abrazarla. Envolvió su cuerpo con los brazos y colocó la cabeza sobre el menudo hombro. Temía que se dejara influenciar por Henry. Él no era tonto, más bien todo lo contrario, y algo debía querer de su hermana para ir tras ella. Si hubiese sido solo atracción, ya habría dejado de verla semanas atrás.

—¿Puedes prometerme que tendrás cuidado?

—¿A qué te refieres, Imogen?

—A Henry, a todo. A las decisiones que tomes. Eres lista. Y mucho. Por favor, ten cuidado.

Daisy suspiró. A ella no le hizo falta mirarla para saber que había puesto los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de preocuparte?

—Lo que has estado haciendo hoy con Henry es muy peligroso, Daisy. No lo conoces lo suficiente. ¡Sabes todos esos rumores que circulan sobre él! Créeme cuando te digo que te arrepentirías si te vieses casada con alguien como él.

Su hermana se deshizo del abrazo sacudiéndose. Imogen la miró con preocupación, pero Daisy parecía ignorar todos los peligros que seguían a aquel hombre. ¿Acaso no era capaz de ver aquella sombra de malicia en la mirada de